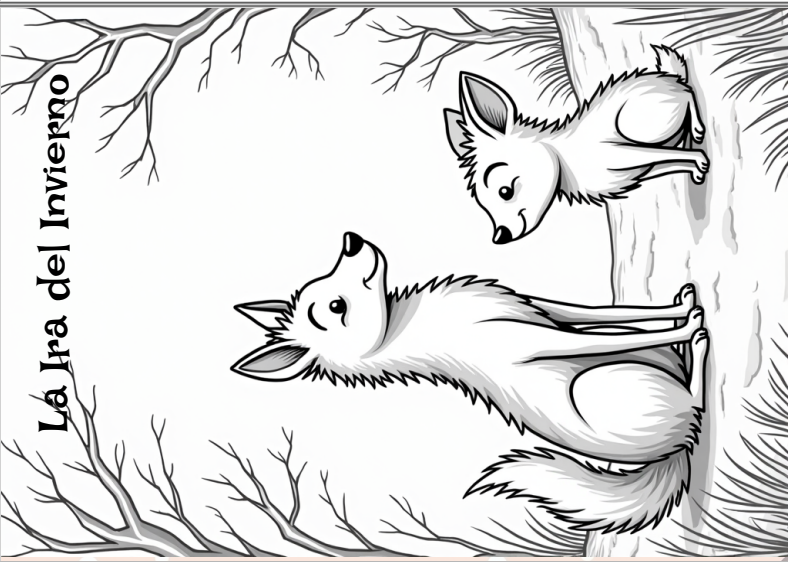




La Ira del Invierno

¿Cómo se sentía el erizo al principio del cuento? ¿Qué le había hecho enfadar al erizo? ¿Cómo se sentía el erizo después de hablar con el conejo? ¿Qué lección aprendió el erizo gracias al conejo?

El erizo, sorprendido, abrió los ojos. Dejó salir un profundo suspiro, como un volcán que escupía vapor. La ira se fue desvaneciendo, y en su lugar nació una cálida sensación de alegría.

De pronto, sintió un suave roce en su nariz. Era el conejo, con su bufanda roja en la mano. “Lo siento, erizo. Estaba equivocado. Deje compararte contigo la bufanda”, dijo el conejo.

El invierno, con su manto blanco y su aliento helado, se había instalado en el bosque. Los árboles, desnudos y tristes, se mecían al viento, y los animales se refugiaban en sus madrigueras. El pequeño erizo, sin embargo, no encontraba consuelo en su hogar. Estaba furioso.

Pero la furia del erizo no se apagaba. Era como un fuego que ardía dentro de él, quemándole por dentro. Sentía un nudo en la garganta, y le costaba respirar. Se sentía pequeño y débil, y no sabía qué hacer.

Su mejor amigo, el conejo, había vendido su bufanda roja y el erizo lo había encontrado. La bufanda era como una brasa caliente en medio del frío, y el erizo la había querido para él. ¡Para él solo! Pero el conejo se había negado a compartir.

“No la compartiré! Es mía!”, había gritado el conejo, y el erizo se había enfadado muchísimo. Se había encerrado en su madriguera, y se había negado a hablar con nadie.